

Newton Compton Editores

Anna Stuart

# La mensajera

Traducción de Begoña Prat Rojo



Newton Compton Editores  
Barcelona, 2026

*A mis compañeras de oficio: Julie, Tracy, Debbie, Helen y Sharon,  
por estar siempre a mi lado para aconsejarme,  
reconfortarme, compartir conmigo su sabiduría  
y, cómo no, ir al karaoke.*

# PRÓLOGO

VARSOVIA  
5 DE NOVIEMBRE DE 1939

Hana Dąbrowska entra tambaleándose en la panadería de la familia, donde la recibe una reconfortante mezcla de olores que la hace sentir en casa. Aspira el aroma a mantequilla, azúcar y canela, y, aunque desearía que su dulzor borrara el dolor que atenaza su corazón, hoy nada puede hacerlo. Zuzi y Orla, sus hermanas, la siguen al interior, y Hana las rodea con el brazo porque, ahora más que nunca, la familia debe permanecer unida.

—Aquí estamos a salvo —dice su madre, Magda, aunque le tiembla la voz.

Las lleva a la cocina, donde durante tanto tiempo la familia se ha reunido para comer, trabajar y jugar. Su suegra, Babcia Kamiła, las sigue con los ojos extraordinariamente secos y la espalda erguida en una postura impecable, mientras guía al joven Jacob por delante de ella. La familia se sienta alrededor de la mesa y contempla la silla vacía de la cabecera. Su Papa, Kaczper, lleva dos meses encarcelado y, aunque se han acostumbrado a ver su sitio vacío, ahora que saben que ha muerto y jamás volverá a ocuparlo la pena por haberlo perdido es devastadora.

Orla, que con sus trece años es la hermana más pequeña, se sujeta la cabeza con las manos y se echa a llorar. Al caer, sus lágrimas dejan manchas oscuras sobre la sempiterna capa de azúcar que cubre la gastada mesa de roble y, tras deslizar la silla para acercarse a su hermana, Jacob dibuja formas entre ellas. Orla le pasa el brazo por el hombro y él le acaricia el pelo rubio. El niño tiene solo ocho años y está confundido por todo lo ocurrido esa sombría mañana.

Ha empezado al amanecer, cuando alguien ha aporreado la puerta de madera de cerezo de su panadería.

«Andando —ha gruñido el soldado nazi—. Vais a ver a vuestro padre».

¡Cuánto se han emocionado al escuchar sus palabras! Se han vestido de prisa y corriendo y lo han seguido hasta la cárcel en la que Kaczper Dąbrowski ha estado encerrado y aislado desde que, a principios de septiembre, los nazis ocuparon Varsovia. Por el camino, han comentado entusiasmados los abrazos que le darían y lo mucho que tenían que contarle, entre otras cosas, que estaban haciendo todo lo posible para asegurarse de que regresaba a la panadería familiar, a casa. Pero todo ha acabado siendo una artimaña cruel.

Kaczper no estaba esperándolos en una habitación, sino que han visto que lo sacaban a empujones a un balcón en el que había una hilera de sogas mientras a ellos lo llevaban a punta de pistola al patio de debajo.

—¿Por qué han tenido que matarlo? —dice Jacob entre sollozos, dando rienda suelta a su pena en el calor del hogar.

—Porque es un buen hombre —contesta Hana, la mayor de las hermanas, que tiene dieciocho años—. Y los nazis odian a los hombres buenos.

—No tanto como nosotros odiamos a los nazis —dice en tono apasionado Zuzi, una vehemente joven de diecisiete años, provocando una oleada de siseos para pedirle que se calle.

Las paredes tienen oídos.

Magda prepara té en un cazo grande, coloca las tazas sobre la mesa, como hace cada mañana, y saca una hogaza de pan de frutas, la especialidad de Kaczper. Durante los dos últimos meses ha sido ella quien ha tomado las riendas de la panadería, elaborando con cariño las recetas de su marido hasta que él pudiera retomar su trabajo. Algo que ya nunca hará. A Magda le tiemblan las manos y Hana se apresura a ayudarla. Esta ha sido la peor mañana de sus vidas y todos están en ascuas, y, aunque Hana intenta concentrarse en cortar el pan, lo único que ve es el lúgubre patio de la cárcel.

«¡Kaczper!», ha gritado Magda en cuanto lo ha visto, y él ha mirado hacia abajo, sorprendido y con una tristeza infinita en los ojos.

«Mi amor —ha dicho en voz baja, como si acabaran de encontrarse una tarde de verano en un parque teñido por el color de las rosas, y no en el momento en que él estaba a punto de morir brutalmente a manos de los ocupantes de Varsovia—. No sabes cuánto me alegro de verte. Y a ti también, hijo. Cuida mucho de tu madre».

Aferrado a la cadera de Magda y mordiéndose el labio inferior para no hacer pucheros, el pequeño Jacob ha asentido.

«Buen chico. Y mis niñas. —Kaczper ha sonreído a Hana, Zuzi y Orla, y enseguida se ha corregido—: Mis jóvenes y hermosas hijas».

Ellas se han encogido; no querían que la belleza se infiltrara en aquella mañana odiosa, aunque amaban a su padre por intentarlo. Kaczper Dąbrowski, maestro panadero y orgulloso concejal del ayuntamiento, siempre intentaba ver la parte positiva de cualquier situación. Si sus ligeros panes y pastas habían mejorado con el tiempo, se debía a sus optimistas planes para la ciudad que amaba; unos planes que estaban a punto de costarle la vida.

«Mamá. —La última sonrisa de Kaczper ha sido para Babcia Kamilla, que estaba junto a Magda con el cuerpo rígido—. No abandones la lucha».

«Nunca lo haré, hijo».

«Lo sé. Los grilletes que nos han puesto no aguantarán mucho más».

Kamilla ha asentido con decisión, reprimiendo las lágrimas y con un nudo en la garganta que era casi visible. Tras perder a su marido, Aleksander, en la batalla inicial contra los invasores, ahora tenía que ver como también le robaban a su hijo.

«Sed fuertes —le ha pedido Kaczper a su familia, mientras los soldados introducían con regodeo su cuello en la soga más cercana—. No lloréis por mí. No quiero que lloréis, sino que viváis y améis... y luchéis. ¿Lo haréis por mí? —Todos han asentido obedientemente, pero entonces la voz de Kaczper se ha quebrado

y sus ojos marrones se han llenado de lágrimas—. Lo siento —ha dicho—. Siento abandonaros. Lo siento muchísimo».

Orla ha sollozado, las lágrimas han rodado en silencio por las mejillas de Zuzi y Hana las ha rodeado a ambas con los brazos en actitud protectora.

«Te quiero, Kaczper», ha gritado Magda en tono desafiante.

«Te quiero», ha dicho Hana, y todos han repetido sus palabras.

Las han repetido mientras los guardias agarraban al antaño corpulento hombre y lo arrojaban por encima de la barandilla del balcón. Las han repetido, en voz cada vez más alta, para acompañar el último aliento de Kaczper con tanto amor como fuera posible, hasta que, por suerte muy rápido, todo ha terminado y él ha muerto.

Ahora, en la acogedora cocina de la casa y el negocio que Magda y él fundaron al casarse, todos contemplan de nuevo su silla vacía. El asiento todavía conserva la huella de su robusto cuerpo, y los brazos están gastados y suaves por el roce de sus habilidosas manos de panadero.

—No se ha ido —dice Hana en tono desafiante, alargando la mano para acariciar la madera—. No se ha ido porque sigue aquí, en nuestros corazones.

Se da un golpe en el pecho y sus hermanas la imitan, Zuzi con una sonora palmada y Orla con una suave presión, como si tratara de conservar dentro del pecho su afligido corazón. Jacob hace lo mismo, erguido como un soldadito, y de improviso, todos se echan a reír. Sus risas llenan la panadería, igual que han hecho durante años, y todos se miran y, de manera instintiva, se cogen de la mano alrededor de la mesa. Kamilla vacila, pero hoy hasta su circunspecta abuela necesita el consuelo del contacto humano y acaba uniéndose al círculo.

—Ya lo habéis oído —dice—. Lucharemos, viviremos y amaremos.

—Ha dicho que tenemos que vivir, amar y luchar —se atreve a corregirla Orla.

Kamilla sacude la cabeza.

—La lucha es lo primero. Mañana mismo nos uniremos a la resistencia clandestina, ¿de acuerdo?

Orla sigue sin parecer convencida y Magda le aprieta la mano con fuerza.

—La resistencia no solo se lleva a cabo con armas, tesoro. Podemos luchar a nuestra manera.

Las tres hermanas intercambian una mirada y luego miran a su madre y a su boquiabierto hermanito. La ira centellea en los ojos de Zuzi, mientras que los de Orla están anegados por las lágrimas y los de Hana, ensombrecidos por la preocupación. El dolor por la pérdida de su padre tiembla entre ellas, como un cordel que rodea sus corazones magullados y las une aún más que antes.

—Lucharemos a nuestra manera —convienen—. Y juntas. De esa forma, cuando por fin llegue el momento adecuado, nos alzaremos y la victoria será nuestra.

# PRIMERA PARTE

*Ante Dios Todopoderoso y María la Santísima Virgen, reina de la corona polaca, pongo mi mano sobre esta Santa Cruz, símbolo de martirio y salvación, y juro defender el honor de Polonia con todas mis fuerzas, luchar con las armas para liberarla de la esclavitud, a costa de mi vida si es preciso; obedecer todas las órdenes de mis superiores y guardar el secreto a cualquier precio.*

JURAMENTO DEL ARMIA KRAJOWA  
(EJÉRCITO CLANDESTINO POLACO)

# UNO

30 DE JULIO DE 1944

HANA

Hana pegó la cara a la ventana del tranvía, incapaz de creer lo que veían sus ojos. Aunque sus hermanas y ella hacían todo lo posible por mantener una expresión serena mientras se dirigían a sus puestos del Armia Krajowa para su instrucción, no era fácil cuando en Varsovia reinaba un extraño ambiente de pánico. Los soldados que marchaban por la avenida Jerusalén no se parecían en nada a los alemanes que Hana había visto con anterioridad. Estos arrastraban sus embarradas botas militares y tenían clavados sus ojos entrenados en el pavimento de la ciudad por la que habían desfilado con arrogancia cinco años atrás. Sus uniformes estaban rasgados e impregnados de un aire a derrota. Hana tiró de Zuzi y Orla, y señaló con la cabeza la asombrosa escena que se desarrollaba al otro lado del cristal.

A Zuzi se le iluminó el rostro.

—Míralos, arrastrándose por el polvo como se merecen.

—¡Calla, Zuzi!

Nerviosa, Hana miró a su alrededor, consciente como siempre de su deber en tanto que hermana mayor de mantenerlas a salvo a las dos. Se hallaban en el vagón para polacos, el único de los tres que componían el tranvía (los dos delanteros estaban designados como *Nur Für Deutsche*, «solo para alemanes»), pero nunca se sabía quién podía estar escuchando. Aunque ningún polaco delataría a un compatriota, había soldados por todas partes.

—No te preocupes por los Deutsche —repuso Zuzi—. Están demasiado ocupados huyendo como para escucharnos. Mira.

De los dos vagones delanteros del tranvía, que se había detenido en la principal estación de tren de Varsovia en el corazón de Śródmieście, el centro moderno de la ciudad, se apeó un enorme grupo de Volksdeutsche bien vestidos, cargados con maletas, bolsas y cajas de embalaje, que luego entró en tropel en la estación.

—¿Se marchan?

Hana pegó aún más la cara al cristal. El sol de pleno verano era abrasador, pero tenía que ver la escena con sus propios ojos. Las familias alemanas que bajaban del tranvía se sumaban a muchas otras que llegaban a la estación en modernos coches a motor, a pie e incluso a caballo y en carruaje. Era un éxodo que, sin lugar a dudas, solo podía compararse con el de los pobres judíos a los que habían obligado a desplazarse al gueto el año anterior.

—Qué pena que no haya cámaras de gas para esos malnacidos —masculló Zuzi.

—¡Cállate!

Hana tiró con apremio de la manga de su hermana, deseando que no fuera tan imprudente. Entendía sus sentimientos, por supuesto, pero era mejor expresarlos únicamente en el entorno seguro de la panadería de su madre.

—Se los ve muy tristes —comentó Orla mientras apoyaba las manos en la ventana, como si pudiera extenderlas y ayudarlos.

Hana siguió la mirada azul de su hermana menor y vio a una mujer que sostenía a un bebé y trataba de controlar a una niña pequeña mientras arrastraba una maleta gigante hacia la estación. El bebé lloraba, la niña se resistía a caminar y la madre parecía aterrorizada. Mientras miraban, sin embargo, un soldado fornido se agachó para ofrecerle chocolate a la niña y cogió la maleta, aligerando de inmediato la carga de la mujer rubia.

—¡Qué pena me dan! —exclamó Zuzi con sarcasmo.

Orla se revolvió en su asiento.

—Lo sé —dijo—. Lo siento. Pero es que es espantoso; también son seres humanos.

Su hermana tenía razón, y Hana se escurrió para darle un abrazo mientras el tranvía se ponía de nuevo en marcha y Orla la miraba.

Acababa de cumplir dieciocho años y era una joven preciosa, con los rasgos del color más claro de las tres. El pelo de Zuzi era casi negro, como el de su padre, y el de Hana tenía un color parecido al de la paja sucia —avellana, en opinión de su querida madre—, pero Orla, igual que Magda, era rubia como un ángel y en sus ojos azules siempre había una sonrisa a punto de asomar ... o una lágrima, sobre todo si había niños de por medio.

—Parece que todo acabará pronto, mi pequeña Lania —le dijo Hana.

El apelativo cariñoso hizo sonreír a Orla, a quien su familia la llamaba así, «cierva», en recuerdo del ciervo del que se había hecho amiga durante los paseos de su infancia por los bosques que había al norte de Varsovia. Ahora, esos bosques estaban llenos de hombres y mujeres del AK, la abreviatura del Armia Krajowa o Ejército Nacional, y «Lania» era el alias de Orla en dicho ejército. Eso no quería decir que fuese a luchar, gracias a Dios; solo a su manera, tal como les había enseñado su madre, porque la más joven y dulce de las hermanas Dąbrowska se estaba formando para ser enfermera. Tal vez no tardaran en necesitar sus servicios.

—Míralos —siseó Zuzi, señalando a otro grupo de soldados tan desaliñado como el anterior—. Huyen de los rusos. El Ejército Rojo debe de estar cerca. Tenemos que sublevarnos y tomar la ciudad ahora que están hechos trizas.

—Lo haremos cuando sea el momento adecuado —dijo Hana, intentando calmar a su impulsiva hermana mediana.

—No hay un momento más adecuado que este —replicó Zuzi, con los ojos oscuros centelleantes.

Tenía su parte de razón. Hana trabajaba como enlace repartiendo mensajes entre las numerosas unidades del AK en Varsovia, un ejército clandestino formado por cuarenta mil hombres, y sabía que el deseo de atacar era cada vez más irreprimible. El día anterior, el gobernador Fischer, el nazi que dirigía Varsovia, había dado la orden de que todos los hombres polacos se presentaran ante las autoridades para cumplir con sus «deberes de defensa», y

Hana se había pasado el día trasladando las instrucciones del AK para ignorar el llamamiento. Había sido una decisión arriesgada, porque a menudo los alemanes no dudaban en llevar a cabo represalias brutales, pero más arriesgada habría sido la posibilidad de que todos los hombres en edad de luchar acabaran detenidos. Al final, los alemanes no habían emprendido acción alguna, lo cual sugería que, en efecto, estaban en las últimas.

Hana toqueteó la hogaza de pan que llevaba bajo el brazo, mientras se preguntaba cuáles serían las órdenes del día. Llevar mensajes secretos era una tarea que se le daba bien porque podía echar mano de su mapa mental casi perfecto de la ciudad, pero era peligrosa, pues cualquier persona a la que atrapaban con instrucciones del AK acababa ejecutada por traición. Hasta el momento, su estrategia de transportar las órdenes oficiales metidas en las hogazas de pan recién hornadas de su madre la había mantenido a salvo, pero a medida que aumentaba la inquietud de los alemanes, y la volatilidad del AK, el peligro era mayor. La tensión tenía que estallar por alguna parte.

Todos los viajeros del tranvía observaban la desbandada de los Volksdeutsche y Hana notó que los ánimos se calentaban, como si los cables eléctricos del tranvía no solo discurrieran sobre las cabezas de los varsovianos, sino también a través de sus cuerpos. Llevaban ya demasiado tiempo oprimidos por los alemanes, que los trataban como ciudadanos de segunda, les negaban la entrada a los mejores restaurantes, teatros y cines, y les prohibían formar parte del gobierno e incluso recibir educación.

Los Volksdeutsche eran los civiles nacidos en Alemania a los que habían trasladado a millares a la Varsovia ocupada y que se paseaban por la ciudad como si les perteneciera. Los nazis habían arrebatado numerosos negocios a los polacos y habían entregado a estos advenedizos empresas familiares de siglos de antigüedad, sin ningún tipo de consideración ni compensación. Peor aún, habían arrebatado casas y pisos a los judíos, y habían metido en sus preciados hogares a aquellos alemanes pirados mientras a ellos los arrojaban al gueto. Era una salvajada, y los habitantes

de Varsovia odiaban a los Volksdeutsche casi tanto como a los soldados nazis.

Las escuelas y universidades polacas habían sido clausuradas. Además de su trabajo como enlace, Hana estudiaba la carrera de Arquitectura en clases clandestinas que daban valientes hombres y mujeres corriendo un gran riesgo, pues podían detenerlos en cualquier momento. En el último año había presenciado cómo tres de sus profesores corrían la misma suerte que su querido padre, y no veía el momento de derrotar a los odiosos ocupantes para poder estudiar de nuevo sin esconderse y rescatar de los estragos de la guerra la ciudad a la que tanto amaba. Estaba segura de que su padre se habría sentido orgulloso de verla cumplir con su misión, igual que de ver que se casaba con su querido Emil...

Hana se dio a sí misma un pequeño abrazo como hacía siempre que pensaba en su prometido, un piloto polaco que había tenido que huir de la Varsovia ocupada en 1939, hacía cinco largos años. Sabía que había llegado sano y salvo a Gran Bretaña y que volaba con valentía con la RAF, pero no lo había visto desde entonces. En aquella época tenía los hombros cuadrados, el cuerpo musculoso y una sonrisa pícaro que llenaba de júbilo el corazón de Hana cada vez que la veía, pero no tenía ni idea de qué aspecto tendría ahora. ¿Habría adelgazado tanto como ella debido a la guerra? ¿Se habrían encorvado sus hombros después de pasar tanto tiempo en un país extranjero? ¿Le habría robado el peligroso trabajo de piloto aquella maravillosa sonrisa? ¿Estaría siquiera vivo? Su última carta había llegado semanas atrás, pero el correo era impredecible y Hana se negaba a perder la esperanza. No veía el momento de que llegara la liberación para reunirse con él, y sin embargo...

—Debemos tener cuidado —les susurró a sus hermanas—. Los rusos no son de fiar.

—Los rusos son nuestros amigos —contestó Orla con rotundidad—. Nuestros aliados.

Hana le sonrió con cariño.

—Los rusos no son nuestros aliados, sino los aliados de nuestros aliados —la corrigió—. Stalin no mantiene relaciones diplomáticas con Polonia, y quiere incorporarla a su imperio, algo que los rusos siempre han deseado.

—Y por eso tenemos que sublevarnos y tomar Varsovia nosotros —insistió Zuzi, apartándose con impaciencia el pelo moreno de la cara—. Venga, sed sinceras, ¿no queréis echarlos de aquí a patadas?

—A patadas, no sé —señaló Orla.

Zuzi meneó la cabeza.

—Pues deberías.

—Sí, Żelazo.

La respuesta dibujó una sonrisa en el rostro de Hana. Żelazo, «hierro» en polaco, era el seudónimo que Zuzi había elegido en el AK al unirse a la Resistencia en 1939, pocos días después de la ejecución de su padre. La hermana mediana de las Dąbrowska luchaba a la manera tradicional como miembro de la Minerki, una unidad de zapadoras compuesta únicamente por mujeres y especializada en explosivos. Sus compañeras y ella habían hecho descarrilar numerosos trenes alemanes y volado muchas fábricas en los dos últimos años, un trabajo acorde con la personalidad exaltada de la joven. Zuzi había escogido el nombre en clave de Żelazo porque decía que su corazón era de hierro y seguiría siéndolo hasta que derrotaran a los nazis. A Hana la entristecía que, a sus veintidós años, su hermana continuara empecinada en conservar su soltería, aunque en tiempos de guerra tal vez no se equivocara al preferir las minas a los hombres.

—Vamos —dijo Zuzi—, esta es nuestra parada.

Hana se apeó de un salto del tranvía con sus hermanas y miró instintivamente hacia el cielo azul. Si los Aliados se habían enterado de que los alemanes se hallaban en una situación precaria, tal vez enviaran sus aviones. Quizá los pilotos polacos regresarían al país para ayudar a liberar Polonia, tal como habían prometido.

«Ojalá no tuviera que dejarte», le había dicho Emil el día que se

habían separado, abrazándola con tanta fuerza que ella lo había sentido en todo su cuerpo..., y había querido más.

«Si te quedas, te matarán».

Ambos sabían que era así, y que la boda que tenían planeada se transformaría en un entierro en un abrir y cerrar de ojos. Los pilotos polacos tenían una reputación tan impresionante que era demasiado peligroso dejarlos con vida y, en efecto, en cuanto escaparon habían demostrado su valía en la batalla de Inglaterra. La noticia había llegado a Varsovia a través de los altavoces que los nazis habían instalado en las calles, por los que se proclamaban historias enlatadas sobre la osadía y audacia de la Luftwaffe, pero los transistores clandestinos habían recogido un relato muy distinto, en el que los Spitfire y los Hurricane desafiaban a los Messerschmitt y evitaban la invasión nazi del preciado estrecho que separaba Gran Bretaña del resto de Europa.

Hana había pasado meses con el alma en vilo, aterrorizada ante la perspectiva de recibir la noticia de la muerte de Emil, pero lo que al final había llegado era una preciosa carta suya, en la que la informaba con modestia de «un pequeño éxito» y le hablaba de la violeta que había pintado en la parte inferior del fuselaje de su avión en homenaje a ella. Fiolet era el apodo que Emil le había puesto en el embriagador verano de 1939; según él, los pétalos de las pequeñas flores tenían forma de corazón y Hana era la dueña del suyo. Pero luego había llegado la invasión de los alemanes, con los rusos pisándoles los talones, y todo había cambiado.

En recuerdo de Emil, Hana había adoptado el nombre en clave de Fiolet, y sus cartas habían seguido llegando, con partes tachadas por el bolígrafo negro del censor, pero, aun así, llenas de amor. Hasta que, el año anterior, había recibido la noticia de que tras la invasión aliada de Italia iban a destinar a Emil a Brindisi. «No tardaremos en llegar, amor mío —había escrito él—. No apartes la mirada del cielo y, cuando veas mi violeta, sabrás que estoy cerca». ¿Podría llegar pronto ese momento? Era casi demasiado maravilloso para que fuera verdad.

Hana se sacudió las ensoñaciones y se dio la vuelta para despedirse de sus hermanas con un abrazo, antes de que cada una se fuera por separado a su entrenamiento secreto del AK: Zuzi al bosque de Kampinos, al norte de la ciudad; Orla a su hospital en el linde de Stare Miasto, el centro medieval de la ciudad; y Hana al centro neurálgico de los oficiales de enlace, allí mismo en Śródmieście.

—Los rusos van a venir —susurró Zuzi mientras las tres se fundían en un abrazo—. En las últimas semanas han recorrido setecientos kilómetros; ¿por qué iban a detenerse antes de entrar en Varsovia? Vamos a ser libres, chicas; ¡por fin vamos a ser libres!

—¿Tú crees?

—No lo creo, lo sé. Tata debe de estar mirando desde el cielo con alborozo.

A Hana se le encogió el corazón al oír hablar de su amado padre e instintivamente miró hacia la cárcel de Pawiak, que se alzaba siniestra y amenazante calle abajo. Si se fijaba bien, vería los cadáveres que colgaban allí noche y día, igual que había hecho el de Kaczper en su momento, pero en lugar de eso apartó con resolución la mirada de las formas colgadas que proyectaban su trágica sombra sobre Varsovia y le dio un beso a Zuzi.

—Ten cuidado.

—Lo que tendré es los ojos bien abiertos —la corrigió Zuzi—. Hasta el anochecer.

—Hasta el anochecer —respondió Orla, y se marchó a coger otro tranvía que la llevaría al hospital Juan de Dios.

Hana se quedó mirando a sus hermanas mientras estas se alejaban y sus palabras resonaban en sus oídos. «Hasta el anochecer» era una expresión que su familia siempre utilizaba para recordarse que no importaban los retos a los que tuvieran que enfrentarse ese día, porque todos volverían a estar juntos antes de que terminara. Desde la ocupación, la decían en un tono cada vez más decidido y esperanzado, ya que la sencilla alegría de reunirse al final del día alrededor de la mesa se había vuelto más incierta. Hana no pudo evitar preocuparse, pero ¿qué le iba a hacer?

—Hasta el anochecer —les gritó.

Tras colocarse la hogaza de pan hueca bajo el brazo, recorrió una serie de callejones hasta llegar al centro de reunión de los enlaces, oculto sobre un pequeño salón de belleza expresamente descuidado para mantener alejados a los Volksdeutsche. En el piso de arriba encontró a sus compañeras, otras chicas que también ejercían de enlace, en un estado de excitación desatada.

—¿Qué pasa? —preguntó Hana, mirándolas con expresión inquisitiva.

—¡Todo! —le contestó una compañera, a la vez que le tendía un papelito—. Lee el mensaje de hoy.

Hanna bajó la vista y allí, escritas en grandes letras negras y firmadas por el comandante Bór en persona, estaban las palabras que, sin duda, toda Varsovia había estado esperando.

*Del comandante Bór a todos los operativos del AK de la zona de Varsovia: Este es un comunicado para anunciar el estado de alerta. Todas las tropas y auxiliares deben prepararse para la acción. La hora W está cerca.*

La W era la inicial de *wystąpienie*, el «inicio de las hostilidades». ¡Por fin! Hana pensó en Zuzi y en lo que se alegraría al enterarse; en Orla, que se preocuparía por lo que pudiera implicar; en Babcia Kamilla, que llamaría a gritos a la revolución; y en su madre, Magda, esperándolas cada anochecer en la panadería. De pronto, la posibilidad de que todas lograran volver se había reducido de manera drástica, pero ¿qué se le iba a hacer? Si los nazis estaban debilitados, el AK debía atacar.

Tata les había pedido que no abandonaran la lucha y Hana estaba decidida a cumplir con su deber, por él y por todas las personas atrapadas en aquella ciudad brutalmente ocupada. Si los rusos estaban en camino, ellos debían sublevarse, tomar Varsovia y darles la bienvenida en calidad de aliados. La batalla no debería prolongarse más de unos pocos días y valdría la pena si con eso recuperaban por fin la libertad.

La libertad para casarse con Emil.

Hana cogió con entusiasmo diez órdenes con el sello oficial para repartirlas entre los jefes de pelotón del AK que tenía asignados y que se escondían por toda la ciudad, y las deslizó dentro de su hogaza de pan. Aunque le temblaban las manos, pensó en su padre y en la promesa que había hecho su familia de vengar su muerte, y eso la calmó. Había llegado el momento de distribuir la noticia por toda Varsovia; el momento de atacar por fin.

## DOS

### ZUZI

Zuzi bajó de un salto del tranvía y echó a andar tan deprisa como le permitían sus atléticas piernas por la carretera que llevaba al bosque de Kampinos. Se sentía despejada, viva, llena de una energía que crepitaba. Los soldados alemanes, antes arrogantes, retrocedían ahora a través de Varsovia, superados y doblegados por el avance del Ejército Rojo, y Zuzi no veía el momento de aplastarlos por completo.

—Te vengaremos, Tata —juró por lo bajo.

Vio la imagen de su padre plantado con orgullo en aquel desolador balcón de la prisión, con sus cuadrados hombros erguidos a pesar de las espeluznantes marcas de latigazos que los atravesaban y los ojos brillantes al mirar a su familia.

«Los grilletes no aguantarán mucho más», les había dicho, y no se equivocaba, aunque sabía Dios que se les había hecho largo.

Zuzi tenía diecisiete años cuando los nazis habían irrumpido en Varsovia; ahora, con veintidós, se había convertido en una habilidosa sabotadora. Cuando iba a la escuela, su obsesión habían sido las asignaturas que no eran propias «de niñas», como Ciencias y Matemáticas, y gracias al AK había aprendido más cosas sobre química de las que le habían permitido estudiar en el colegio. Estaba más que preparada para el ataque.

Zuzi recordó los grilletes que su abuela tenía colgados en la pared. Babcia Kamilla les hablaba a menudo de su propio padre, encarcelado en Siberia y forzado a tender vías de ferrocarril en las llanuras nevadas, a muchos grados bajo cero y con las piernas, apenas cubiertas de ropa, sujetas a los camiones de suministros

con las crueles esposas y cadenas que ahora colgaban de la pared de la casa de su abuela en Stare Miasto. Esta les contaba como, día tras día, el hombre se había esforzado para debilitar un eslabón de la gran cadena y como, al final, en un momento en el que los guardias rusos estaban en la cabaña de un pastor entrando en calor, lo había roto con un golpe de martillo y había huido. Durante meses, había recorrido los páramos siberianos viviendo de restos de animales y de la generosidad de las familias de campesinos, hasta que, de algún modo, había alcanzado la frontera polaca y había encontrado el camino de vuelta a Varsovia.

Era un relato de coraje extraordinario y Babcia Kamilla siempre lo contaba con envidia, como si deseara haber tenido la oportunidad de demostrar su valía de la misma manera. A Zuzi no le cabía duda de que Kamilla habría tenido el mismo éxito que su legendario padre, y que además habría matado a los guardias con sus propias manos.

Su abuela había alentado con fervor las actividades de Zuzi con la Minerki y siempre se mostraba encantada al escuchar las historias sobre sus actividades de sabotaje. Incluso había querido unirse al grupo, aludiendo a su experiencia durante la Gran Guerra fabricando filipinkas —granadas de fabricación casera que consistían en latas de comida rellenas de explosivos—, pero el AK tenía estrictas limitaciones de ingreso basadas en la edad y, con sesenta y ocho años, Kamilla las superaba con creces. Zuzi siempre disfrutaba contándole a su abuela historias sobre la Minerki para que las viviera a través de sus palabras, y tal vez aquella sería la más importante de todas: la historia de su libertad.

Al llegar al linde del bosque, se introdujo entre los árboles por su punto de entrada designado y fue contando los robles para encontrar el camino que llevaba al lugar de entrenamiento actual. Era muy agradable hallarse bajo los árboles, lejos del calor abrasador de la ciudad, y Zuzi aminoró el paso mientras escuchaba el susurro de las hojas. Muchos grupos del AK entrenaban, y a menudo también vivían, allí, a la placentera sombra de los árboles del inmenso bosque de Kampinos.

—Contraseña.

Aunque la chica plantada en medio del sendero la conocía de sobra, siempre insistía en seguir el procedimiento a pies juntillas. Con los ojos en blanco, Zuzi le dijo la palabra del día: *zonkile*, «narcisos», y la otra la dejó pasar. En el claro que había un poco más adelante, al que daban sombra unos rododendros llenos de colorido a pesar de la época del año, estaba la Minerki, un círculo de veinte expertas en explosivos cuya destreza había perfeccionado durante los dos últimos años su brillante líder, Tosia, con sus meticulosas enseñanzas.

Tosia hizo señas a Zuzi para que se uniera al círculo al mismo tiempo que llegaba otra chica. Habían ido por separado para evitar que las detectaran y la idea de poder luchar muy pronto sin necesidad de esconderse emocionaba a Zuzi. No era la única.

—Me han autorizado a informaros de que nos hallamos en estado de alerta —dijo Tosia entre vítores silenciosos—. El cuartel general está siguiendo los progresos de los rusos y decretará la hora W cuando crea que hay mayores posibilidades de éxito. Varsovia está a punto de ser liberada.

A todas las mujeres que componían el círculo les brillaron los ojos. Los ocupantes les habían robado la libertad de su juventud, las habían sometido a un racionamiento brutal y las habían privado de su educación. Lo único que habían logrado preservar era el escultismo, que los reglamentados nazis habían considerado un movimiento saludable, y eso había permitido al AK instruir a miles de jóvenes en los elementos básicos de las artes militares, bajo la guisa de campamentos y trabajos esporádicos. Zuzi y sus hermanas habían pasado por los «rangos grises» —denominados así por el color del uniforme— y se habían integrado en la rama del AK adulto que cada una había elegido. Los explosivos eran el ámbito perfecto para Zuzi, que consideraba un honor formar parte de la Minerki.

—Roma es libre desde hace semanas —dijo—, y he escuchado que los Aliados están cerca de París. ¡Imaginaos que pudiéramos echar a los nazis de nuestra capital antes de que los franceses liberen la suya!

—Sería estupendo —convino Tosia con solemnidad—, y también justo. Nuestro gobierno jamás se humilló ante los nazis como lo hizo el malnacido colaboracionista de Pétain, sino que ha luchado desde el exilio. Y Varsovia jamás capituló, ni siquiera cuando nos asesinaban a sangre fría. En esta ciudad vivían un millón trescientas mil almas antes de la llegada de los nazis y, según me han dicho, solo quedamos novecientas mil. Demasiadas vidas perdidas, ¡pero quedan más que suficientes para recuperar nuestra capital!

Las chicas volvieron a vitorear en susurros.

—¡Guerra! —siseó Nina, la más joven de todas, con los ojos centelleantes.

Tosia, sin embargo, levantó la mano en señal de advertencia.

—Guerra, sí, pero no tal como el mundo la conoce. Esta será una guerra de guerrillas, por calles angostas y en edificios complejos. —Paseó la mirada por el grupo y sonrió—. ¿Y qué hace falta para encargarse de los edificios complejos?

—¡Zapadoras! —exclamaron las chicas con alegría y al unísono.

—Zapadoras —confirmó Tosia—. Zapadoras expertas. En los próximos días ¡las mujeres de la Minerki demostraremos nuestra valía al AK!

Todas intercambiaron miradas de orgullo. Eran una unidad compuesta únicamente por mujeres y, en opinión de Zuzi, eso las hacía mejores. Gran parte de las arriesgadas misiones no habrían sido posibles de haberse encontrado entre ellas hombres «superiores», y la ausencia de arrogante compañía masculina le parecía un precio muy bajo a pagar, además de evitarle todas las monsergas románticas. Orla se pasaba la vida leyendo novelas ridículas en las que las chicas caían rendidas a los pies de héroes de ojos oscuros, pero eso no era algo que interesara a Zuzi. Por el momento, no tenía intención de caerse, y lo que sin duda no necesitaba era que un hombre decidiera qué camino debía tomar.

—Tendremos que ser valientes —les advirtió Tosia—. Ya me han informado de nuestro primer objetivo. —Las chicas tomaron aire al unísono y se echaron hacia delante—. Vamos a formar parte de la unidad que atacará la torre Prudential.

Zuzi no se creía lo que acababa de escuchar. La torre Prudential, ubicada en Śródmieście, el centro moderno de la ciudad, era el edificio más alto de Europa. Hana siempre hablaba con orgullo de su diseño innovador, pero más importante aún era que se trataba de un bastión fundamental de los nazis en el corazón de Varsovia. ¡Y les habían confiado a ellas la misión de contribuir a tomarlo!

—Es un honor —reconoció Tosia—, pero muy merecido. Hemos demostrado una y otra vez ser la mejor unidad de zapadores del AK. —Dejó que volvieran a vitorear en voz baja antes de levantar la mano para pedir silencio, y las chicas obedecieron de inmediato—. Sin embargo, esta será nuestra prueba más importante. La Prudential tiene muros gruesos, así que vamos a tener que echar mano de nuestros ardidés más arteros para abrir una brecha. Y de todos nuestros pertrechos.

Se quedó callada y las chicas intercambiaron miradas de extrañeza. Durante los últimos meses, los comandantes del AK habían anunciado que el levantamiento se llevaría a cabo en las carreteras, sabotando a la Wehrmacht mientras se batía en retirada ante los rusos. Para ello, el AK había sacado en secreto armas y explosivos de la ciudad, donde se producían en temerarias fábricas clandestinas, y los había enterrado en el campo. No obstante, el Ejército Rojo había avanzado con tal rapidez que no había sido necesario ayudarlo en su marcha, y por ello se había retomado la estrategia de un alzamiento urbano. Si este se producía pronto, tenían que devolver esas armas a la ciudad.

—La misión de hoy es localizar un alijo de minas y granadas de alta calidad —explicó Tosia—, y trasladarlo de incógnito a nuestra ubicación designada, un apartamento del AK delante de la Prudential. Es arriesgado, chicas, y vamos a necesitar todo vuestro ingenio y coraje. No es un trabajo típico de zapadora y si alguien no quiere formar parte, que se vaya ahora, sin merma de vuestro valor como parte de esta unidad. —Nadie se movió ni un centímetro y Tosia sonrió—. Gracias.

—Bueno, ¿dónde está la mercancía? —preguntó Zuzi con entusiasmo.

Tosia tenía una expresión turbada muy impropia de ella.

—No lo sabemos.

—¿Que no lo sabemos? —exclamó Nina.

—Todavía no lo sabemos —se corrigió Tosia—. Ya estáis al tanto de que los protocolos del AK son muy estrictos y solo dos personas de cada pelotón conocen la ubicación de los alijos. Este en concreto lo enterraron Sofia y Roza. —Un suspiro recorrió el grupo y Tosia lo abordó—: Por desgracia, la semana pasada perdimos a Sofia...

—No la perdimos —dijo Zuzi—. La asesinaron.

La chica ni siquiera estaba cumpliendo una misión para la Minerki, simplemente había visto una liebre coja en el bosque y había osado cazarla y llevársela a casa para echarla a la cazuela y alimentar a su hambrienta familia. Un oficial de la SS había decidido que quería la pieza y le había pegado un tiro, sin importarle que Sofia la tuviera entre sus brazos. El resultado fue que la bala atravesó al animal y se hundió en el corazón de Sofia.

—La asesinaron —convino Tosia, asintiendo con la cabeza en dirección a Zuzi—. Y Roza está en una misión en Lublin y no ha podido comunicarle la ubicación a un segundo miembro del grupo.

Zuzi dejó escapar un gruñido. Entendía la necesidad de hermetismo: la Gestapo torturaba a todos los sospechosos de formar parte del AK y era mejor disponer de la mínima información posible para no revelarla bajo sus crueles torturas, pero eso generaba un problema práctico.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó.

—Esperar. Roza volverá en cualquier momento y, mientras tanto, nos irá bien practicar cómo derribar paredes. En pie, chicas.

A regañadientes, todas se levantaron.

—¿Qué falta hace practicar más? —refunfuñó una.

—Sobre todo sin explosivos de verdad —convino otra, mientras desplegaban las minas de madera y las mechas falsas.

—Tenemos muy pocas y no hay que malgastarlas —dijo Tosia con brusquedad—. Además, no queremos que los nazis nos descubran.

Aun así, los lamentos prosiguieron, hasta el punto de que Zuzi se enfadó y puso los brazos en jarras.

—Hoy toca practicar, chicas, y mañana, ¡los nazis!

Las demás se pusieron a trabajar más deprisa y Tosia le dedicó una mirada agradecida, pero Zuzi no lo había dicho para serenar los ánimos. Lo había dicho de corazón. Aquellos animales habían arrojado a la muerte a su Tata y, en cuanto pudiera, iba a ir a por ellos.

# TRES

## ORLA

Orla había ido al armario de la ropa blanca a buscar sábanas para las veinte camas nuevas que habían instalado en el sótano del hospital Juan de Dios, y estaba tardando lo máximo posible en seleccionar las adecuadas. Sí, enseguida saldría, por supuesto, pero necesitaba estar sola un momento. Aquella hilera de camas inocentes que esperaban con codicia a sus pacientes tenía algo que le producía vértigo, y no quería reconocerlo ante nadie. Si las sábanas bancas le daban mareos, ¿cómo se las apañaría cuando estuvieran cubiertas de sangre y pus? La hermana María insistía en describírselo con escabroso detalle para «prepararlas», pero Orla no quería que la prepararan. No quería nada de todo aquello.

Estaba segura de que su padre se sentiría decepcionado con ella, pero no podía evitar sentir más entusiasmo por la parte de la exhortación final de Kaczper a su familia acerca de vivir y amar, que con la de luchar. Detestaba que los nazis gobernaran Varsovia tanto como el que más, pero no estaba segura de que contestar a sus armas cargadas de odio con otras cargadas con el mismo odio fuera a servir de algo. Claro que ¿qué sabía ella? Había cumplido dieciocho años hacía pocas semanas y, aunque supuestamente era ya una adulta, todavía se sentía como la niña de trece años que se había aferrado a sus hermanas mayores mientras arrojaban por los aires a su moribundo padre, una sombra del hombre que había sido.

A Orla la maravillaba que Hana recorriera la ciudad con mensajes secretos, arriesgándose a que la descubrieran y la detuvieran en cualquier momento, o que Zuzi se dedicara a volar por los aires

trenes y centros de mando enemigos con explosivos de fabricación casera. Tras graduarse en los Scouts, ambas habían tenido muy claro qué papel querían asumir en el AK, mientras que Orla no tenía ni idea, salvo por el hecho de que deseaba estar lo más lejos posible de la batalla. Trabajar de enfermera le había parecido la más humanitaria de las opciones.

El problema era que carecía del coraje y la convicción de sus hermanas. Las admiraba por querer ejercer «profesiones reales» y por esforzarse por formar parte de campos en los que predominaban los hombres, pero lo único que deseaba Orla era un marido cariñoso, una casa bonita e hijos a los que amar. Un sueño ridículo en aquel momento, cuando los jóvenes estaban o bien luchando en el extranjero o corriendo con armas y granadas de una base secreta del AK a otra.

—¿Lania? ¿Dónde estás, chiquilla?

Orla se sobresaltó al escuchar la voz de la hermana Maria y, tras agarrar rápidamente el montón de sábanas que le quedaba más cerca, salió dando un traspié.

—Aquí, hermana. Quería asegurarme de que eran del tamaño correcto.

La enfermera jefa la miró de arriba abajo.

—Todas son del mismo tamaño, chiquilla. Anda, ve a ponerlas en las camas y que las esquinas queden bien tensas. No queremos que nadie sangre tumbado sobre arrugas, ¿verdad?

—No, hermana. Claro que no, hermana.

Orla pasó a la carrera junto a ella y se puso a hacer las camas mientras se preguntaba qué hombre herido daría importancia a las arrugas, pero no quería poner a prueba la escasa paciencia de su jefa. La tarea, por lo menos, le resultaba relajante, aunque al llegar a la última cama se distrajo con un olor muy desagradable que salía de la cocina del hospital improvisado, acompañado de una preocupante nube de humo negro.

Orla abandonó la sábana, atravesó la sala y, al abrir la puerta, se encontró a Alicja, una joven auxiliar, agitando un trapo para intentar apagar sin éxito una sartén en llamas. La hija de nueve

meses de Alicja, Daniella, estaba sentada en una trona mirando con los ojos muy abiertos los hermosos dibujos que creaba el fuego, y Orla se adelantó de un salto.

—¿Qué hay dentro? —preguntó.

—Aceite.

—Así no harás más que empeorarlo. Apártate.

Tras arrebatarse el trapo, Orla lo empapó en agua del cubo que había en una esquina y lo arrojó encima de la sartén humeante. El aceite dejó escapar un siseo de protesta y las llamas lamieron la parte inferior del trapo. Alicja agarró a su hija y Orla las protegió mientras las hacía salir de la cocina por si el fuego se propagaba, pero, desprovistas de combustible, las llamas se fueron reduciendo de mala gana hasta apagarse.

—¿Por qué has dejado que el aceite se calentara tanto? —preguntó Orla.

—Quería hacer *kopytka* con esta patata que ha sobrado.

—¿Estabas haciendo *kopytka* con aceite?

Orla contempló atónita las bolas de patata que había en el cuenco de Alicja.

—Claro —contestó esta, aunque con menos seguridad—. Quería que quedaran crujientes por fuera.

Orla puso los ojos en blanco.

—Por fuera sí, pero para eso se hacen a la plancha.

—Ah, ¿sí?

—¡Sí! Después de hervirlas. ¿No sabes cocinar?

Alicja estaba al borde de las lágrimas.

—No me ha dado tiempo a aprender. Daniel y yo fuimos a vivir con mis padres después de casarnos y yo empecé a aprender cómo llevar una casa, de verdad que lo hice, pero luego él..., él...

Orla le puso una mano en el hombro.

—¿Lo mataron?

Alicja dejó escapar un sollozo.

—A todos. Una bomba. Yo estaba embarazada de ocho meses y, después de dar a luz, tuve que dedicarme a cuidarla. He vivido más que nada a base de pan y queso, así que soy una inútil en la

cocina, pero cuando se empezó a hablar sobre el levantamiento decidí presentarme voluntaria. Eso fue ayer. Me pusieron a cargo de la comida porque, como tengo una hija, pensaron que sabía cómo alimentar a una familia, y así debería ser, pero... no tengo ni idea y no me atreví a decirlo.

Orla se sintió mal por haberle echado la bronca. La chica parecía más joven que ella y, a pesar de las penalidades que había vivido, allí estaba, con su bebé a cuestas y haciendo todo lo posible por ayudar.

—Ya aprenderás —le aseguró—. Solo necesitas un poco de práctica. Ven, te enseñaré cómo prepararlas de la manera más sencilla.

Al cabo de unos minutos, mientras Daniella se concentraba con alegría en un tarro de pasas, sacaron del fuego las mejores *kopytka* del padre de Orla, lo que el maestro pastelero llamaba «*dumplings* de campaña» porque se hacían con una salchicha larga que se cortaba fácilmente en trocitos pequeños que se hervían en cuestión de segundos. No eran tan elegantes como los *pierogi* rellenos, pero Kaczper había enseñado a sus hijas a hacerlos porque eran mucho más rápidos de preparar y, sin lugar a dudas, eso era algo a tener en cuenta en los tiempos que venían. Alicja, al menos, parecía más contenta, y fue a llevar la primera tanda a los trabajadores con una sonrisa de orgullo en el rostro.

—Es todo gracias a Lania —anunció mientras todo el mundo se reunía para disfrutar de las pequeñas delicias.

—Tonterías —se apresuró a decir Orla—. Soy solo una enfermera.

—Nadie es «solo» una enfermera —contestó un médico, mientras masticaba con afán una *kopytka*.

—No quería decir...

—Curar a la gente es una profesión muy noble.

—Claro, por supuesto. Es solo que... —Orla se interrumpió, sospechando que estaba a punto de decir algo ridículo, pero el joven médico de cara seria la miró tan fijamente que le pareció aún más ridículo no continuar—: Solo me pregunto si no sería más noble ejercer una profesión que evitara que las personas

se hicieran daño unas a otras, en lugar de limpiar el desastre después.

El médico soltó una carcajada.

—Muy bien visto. ¿Te gustaría dedicarte a la política?

—Madre mía, ¡no! —Se preguntó si aquel joven la estaba malinterpretando a propósito—. No hay nada a lo que me gustaría dedicarme, pero ahora mismo esa no es una opción, ¿no?

—No —convino él en tono sombrío—. Antes tenemos que liberar nuestro país, liberar toda Europa.

—Ya, supongo que sí. Aunque... ¿seguro? Me refiero en concreto a aquí, en Varsovia.

—Por supuesto. Todo el mundo debe hacerlo en la medida de lo posible y cuando pueda. Normandía ya es libre, el sur de Italia ya es libre. Estamos rodeando a los nazis, aunque no lo bastante deprisa para mi gusto.

Su rostro serio se ruborizó y, al ver que empezaban a temblarle las manos, Orla se las cubrió con las suyas para calmarlo.

—¿Por algún motivo en concreto?

Él asintió.

—Uno muy concreto. Mi madre está en un campo de concentración.

Orla dejó escapar un jadeo.

—Lo siento mucho. ¿Por qué? Quiero decir... —Lo miró y vio a un joven indudablemente polaco—. Tu familia no es judía, ¿verdad?

—No —confirmó él con fiereza—, pero somos humanos.

La ferocidad de su tono hizo que Orla se encogiera.

—¿Qué quieres decir?

Él recuperó la compostura.

—Perdona, me pongo muy vehemente cuando hablo de esto. A los judíos de mi ciudad natal, Łódź, los metieron en un gueto, igual que a los de aquí, y vivían en unas condiciones tan penosas que mi madre, mi padre, mis hermanos y yo tratamos de ayudarlos, pasándoles clandestinamente provisiones y... y consejos.

—¿Consejos?

—Mi madre era... es comadrona, y ayudaba a una joven enfermera llamada Ester, quien, por cierto, se parecía a ti, que asistía a las madres que daban a luz en el gueto. La pillaron, junto a mis hermanos pequeños, y los mandaron a todos a los campos. Ella está en uno que se llama Auschwitz; no sé de qué tipo es, pero su nombre aparece cada vez más a menudo en los informes clandestinos, así que me temo lo peor. Aunque lo último que supe de ella es que todavía estaba viva, las condiciones de vida en esos agujeros infernales son terribles. Dicen que... —tragó saliva—, que están quemando personas allí, igual que creemos que quemaron a los judíos de Varsovia en Treblinka.

Orla se quedó sin aliento. Por si la separación mediante un muro de una parte de Varsovia para crear un gueto judío en 1939 no hubiera sido suficiente, luego los nazis habían empezado a enviar a esa pobre gente a Treblinka, supuestamente para trabajar al aire libre en condiciones más salubres y disfrutar de alojamientos más espaciosos. Varios miembros del AK habían rastreado los trenes nazis a comienzos de 1943 y habían informado de que miles de judíos eran enviados al campo a través de un ramal, pero nadie volvía jamás. Tampoco llegaba comida, y esos sucintos datos, sumados al nauseabundo olor a carne y cenizas que salía de la zona, apuntaba a una única conclusión: los nazis estaban exterminando a los judíos.

Era algo que habría resultado imposible de creer, pero después de presenciar durante cuatro años la crueldad y la brutalidad con las que sus ocupantes trataban a todo el que no fuera uno de ellos, pocos polacos habían dudado de ello. El AK se había mantenido en contacto con el ZOB, un valeroso movimiento de resistencia formado entre los muros del gueto, y en abril de ese año, cuando fue evidente que los nazis estaban a punto de enviar a sus últimos habitantes a Treblinka, el ZOB se había sublevado. Su rebelión contra los tanques y armas alemanes había sido trágicamente inútil, y Orla se había quedado espeluznada con los continuos disparos y gritos de dolor que se escucharon desde detrás del muro durante el largo mes posterior al alzamiento.

«Al menos han muerto de la manera que han elegido, y no arañando las paredes de una cámara de gas», había observado Babcia Kamilla con rotundidad, pero a Orla no le había parecido una mejora sustancial.

Y la pobre madre de aquel hombre se hallaba ahora en uno de esos odiosos campos.

—Así que, sí —concluyó él—, tenemos que librarnos de los nazis para que pueda sacar a mi madre de ahí.

—Lo entiendo —dijo Orla, horrorizada—. Tu pobre madre. Solo intentaba ayudar.

—¿A limpiar el desastre? —preguntó él.

—No era mi intención ofenderte —se apresuró a responder ella—. Estoy segura de que tu madre es una enfermera extraordinaria; mucho mejor que yo.

—No te preocupes. —Él alargó la mano—. Bronislaw Kaminski, a tu servicio. Aquí me llaman doctor Bronislaw, aunque en realidad solo había hecho tres años de la carrera cuando mi padre y yo tuvimos que huir de la Gestapo, así que estoy improvisando tanto como tú.

Le guiñó el ojo, lo cual le hizo parecer mucho más humano, y Orla se rio.

—Orla Dąbrowska —se presentó, y de inmediato se cubrió la boca con la mano—. Quiero decir Lania. Es mi nombre en clave, pero siempre se me olvida usarlo.

—A mí también —dijo Bronislaw—. El mío es Łukasz, el patrono de los médicos. ¿Te parece muy arrogante?

—Me parece que demuestra seguridad en ti mismo —lo corrigió Orla.

Él sonrió y le tendió la mano.

—Está bien, Lania, ¿qué me dices si, como buenos compañeros en prácticas, nos echamos una mano?

—Genial.

Orla cogió la mano de Bronislaw y se la estrechó con firmeza, pensando que el inhóspito hospital secreto parecía de pronto un lugar mucho más soportable. Los polacos iban a sublevarse igual

que lo hacían todo: juntos. Por mucho que los nazis desfilaran marchando a pasos de oca perfectamente sincronizados, sus corazones no latían al unísono como los de los varsovianos, y Orla rezó para que, en los días siguientes, eso marcara la diferencia.